

En la calle se detuvieron por algunos minutos, en estrecha rueda, al borde de la cera. Comentaban con extrañeza lo inusitado de la presencia de Joaquín en casa de su novia.

—¡A esas horas! ¡Tan de mañana!—decía una arrugada solterona—¡Dios nos ayude! ¡No sé adónde vamos a parar con estas modas!

Más piadosas, las otras sostenían que si ya le habían dado la entrada a la casa, la celebración de la boda no podía hacerse esperar.

La tregua no fué muy larga. Hacia el medio día comenzó a temblar de nuevo, en ocasiones levemente, en otras con intensidad creciente que sacudía fuertemente la ciudad. Lleno de temor, el pueblo rezaba y rogaba a Dios y a todos sus santos, implorando a gritos piedad y misericordia.

A pesar de todo, nadie se resolvía a abandonar el viejo hogar, tantas veces sacudido por las fuerzas de la naturaleza, lleno siempre del recuerdo que los siglos habían dejado en sus casas y en sus calles, en sus plazas y en sus templos, en sus palacios y en sus chozas. Más fuerte que el temor, el cariño a su ciudad impedía a los cartagineses alejarse del peligro que sobre ella se cernía, como si el hilo sutil de las tradiciones y los recuerdos los tuviera amarrados a sus muros y a sus piedras, tantas veces centenarios.

En las casas de los pudientes se construyeron toscas tembloreras de madera en los grandes

patios que existían en la parte posterior de las dependencias del servicio. Para los demás, el Ayuntamiento hizo levantar amplios galerones de madera o de hierro galvanizado en todos los parques, plazas y solares vacíos de la vieja urbe.

Así pasaron días interminables, lúgubres y llenos de horribles presagios. Como si los estremecimientos de la tierra tuvieran repercusión en el espacio, a cada retumbo del volcán, a cada fuerte temblor, parecía que las nubes eran pulverizadas por las vibraciones y caían deshechas en agua, agravándose la situación y haciéndose insoportable la vida ya tan incómoda.

Comenzaron las rogaciones. Una tras otra, las diferentes imágenes que se veneraban en los templos de la ciudad fueron sacadas de sus hornacinas y llevadas en procesión por las calles importantes. Al principio tan pronto como escampaba, más tarde bajo la protección de paraguas si la lluvia lo hacía menester.

Pero no cesaba de temblar. Como si el cielo tuviera empeño en cerrar sus oídos al clamor de los cartagineses, un día sí y otro día no, el estremecimiento de la tierra que ya empezaban a considerar como cosa del pasado venía de nuevo a poner pavor en sus ánimos.

Gentes piadosas acordaron organizar entonces una solemne procesión de la Virgen de los Angeles, para impetrar la protección de Ella, que por tantos lustros había sido venerada con

especial devoción, y que iba para cien años que ostentaba el título oficial de Patrona de Costa Rica.

Presidió la rogación el Ilustrísimo Señor Obispo de la Diócesis, a quien seguía una larga fila de sacerdotes, que habían llegado de todas partes de la República. Los caballeros más importantes de la ciudad se disputaban el privilegio de llevar en hombros las andas que conducían la venerada imagen. Las señoras, trajeadas de luto, cubiertas las cabezas con paños negros y llevando en la mano una vela encendida, rezaban en alta voz sus oraciones y plegarias, mientras al vaivén de los incensarios se llenaba el ambiente de un místico olor a templo.

El aspecto de la ciudad estaba totalmente cambiado. Construcciones improvisadas de hierro y de madera, tiendas de campaña, galerones formados con deshechos de cajas y estañones, daban un tinte extraño y triste a la metrópoli secular.

Su vida social tampoco era la de antes. Con esa adaptabilidad pasmosa que posee la humanidad para enfrentarse a todas las situaciones, los nervios parecían haberse calmado; y ya fuera por la fuerza de la costumbre o por la certeza de que la *Negrita* habría de protegerlos, los habitantes de la ciudad habían reanudado sus ocupaciones cotidianas.

Al ponerse el sol, no obstante, después de

una apresurada y temprana comida, buscaban el refugio de las tembloreras, prefiriendo su seguridad a las comodidades de la casa.

Tan anómala situación permitía a los jóvenes libertades que hasta entonces no conocían. La comunidad del peligro que amenazaba por igual a todos, el afán muy humano de compartir las grandes emociones, refiriéndolas a quienes se encontraran en ánimo de escucharlas, y la familiaridad misma a que obligaba la vida en las tembloreras, habían borrado—siquiera temporalmente—las rígidas barreras que obstaculizaban el trato frecuente entre los jóvenes, que libres de sus estudios por el cierre de las escuelas y colegios, entretenían las horas compartiendo historias y chistes con novias y amigas.

Otros, menos inocentes, se divertían también rondando los campamentos y las barracas, buscando en las siluetas que se reflejaban en las tiendas de campaña o en las figuras que entreveían por los agujeros y las rendijas de las toscas construcciones, el material para sus bromas y anécdotas del día siguiente.

¡Cuán inexcrutables son los designios de la Divina Providencia!

Así, hora por hora, día tras día, entre sustos y bromas iba pasando el tiempo, sin sospechar la proximidad de la tragedia.

—... Y si esta noche tuviera que ser la última de mi vida, y si esta súplica fuese la última que yo os pudiese dirigir, apiádate también de mí... Haced que el pensamiento de la muerte no tenga nada de horrible para mí... Cerrad con dulzura mis ojos a la luz y recibidme en vuestro seno, oh mi amado y buen Jesús... ¡Amén!

La voz añosa de doña Magdalena repetía una vez más las oraciones que acostumbraba decir al final de cada día. Era su plegaria favorita, y en estos días de angustia, la seguían todos los que con ella se sentaban alrededor de la mesa antes de refugiarse en las tembloreras.

Esa tarde Joaquín comía con ellos. Ya había celebrado su compromiso de bodas con Ysabel, sin que faltaran, a pesar de la inquietud en que vivían, ni una sola formalidad, ni una sola visita de cumplido, como correspondía al decoro de ambas familias. Ahora esperaban únicamente que Dios y su Santísima Madre tuvieran a bien poner término a tantas calamidades para dar comienzo a los preparativos de la boda.

Contra su costumbre había estado muy locuaz hablando de sus proyectos para el futuro. Quería hacer de su finca una hacienda modelo. Y tenía la ilusión de conseguir que Ysabel llegara a amar su tierra, sus ganados, sus cultivos, como él mismo los amaba. Llevaría a la finca luz y te-

léfono, sembraría flores, muchas flores, construiría una pajarera para tener veintenas de aves de variados plumajes, importaría de los Estados Unidos un gramófono para que Ysabel pudiera escuchar la música alegre y ligera de los vales vieneses de que tanto gustaba.

Se sentía cada día más enamorado de su novia. Su lindo rostro melancólico y dulce tenía una suave expresión que lo llenaba de embeleso; y su carácter antes dominante y caprichoso era ahora sereno y apacible.

En verdad, Ysabel estaba transformada. Convencida desde la noche del primer temblor de que ella era la responsable de todas las calamidades que se cernían sobre la ciudad, vivía atormentada por la preocupación más honda, que no habían logrado disipar siquiera las irónicas observaciones que le hacía fray Andrés al confesarle ella su grave culpa.

—¡Pero criatura!—le decía—¿Cómo vas a creer que Dios sea capaz de castigar a toda una comarca para darte una lección? ¡No seas fatua ni bobalicona! Has hecho muy mal en ser tan desagradecida con Dios y con tus padres, tan generosos contigo; pero ya has expiado bastante tu falta. ¡Anda, no llores más! Reza un rosario en penitencia, reza cien si quieres, y se acabó!

Sin embargo, seguía empecinada en sentirse culpable ante los ojos de Dios y responsable

de los graves acontecimientos que se sucedían. Debía reparar su falta; y dispuesta a hacerlo sin escatimar esfuerzos ni sacrificios, se esmeraba en prodigar atenciones a su familia y en ser amable y condescendiente con Joaquín. Ya no lo mortificaba con sus caprichos y veleidades. Dominada por sus remordimientos, se abstenía de contradecirlo aún cuando no compartiera sus ilusiones. A veces hasta llegaba a decirse: Tal vez tenga razón Joaquín al despreciar los placeres del mundo para interesarse tan sólo por sus fincas, sus animales y sus cultivos. Es posible que Mamita Magda y él no estén equivocados cuando opinan que la verdadera felicidad se encuentra en una vida tranquila y no en la que sueña mi corazón.

Joaquín se sentía en el paraíso y habría querido que esas horas se prolongaran indefinidamente. Pero no podía hacerlo. Debía preparar las planillas de la semana y ordenar los trabajos para las próximas siembras. Disculpándose de hacerlo—como los indios, apenas terminada la comida—se despidió. Ysabel lo acompañó a la puerta.

A una indicación de tía Eloísa, María los siguió, sumisa como siempre.

Cediendo a un impulso irresistible Joaquín tomó por los brazos a su novia, la atrajo con suavidad hacia él y ante la mirada atónita de María, le dió un beso en la frente y se quedó

mirándola como si nunca más hubiese de volver a verla. Pensativas y agitadas por opuestas emociones, lo vieron las dos primas alejarse hasta doblar la esquina. Sin que lo pudiera evitar, dos lágrimas asomaron a los ojos de María, mientras una sensación extraña, de quedarse sola en una fría y negra inmensidad, invadía a Ysabel.

—Vení, vamos a destender las camas de la temblorera—le dijo María, ya serenada.

Colocaban apenas los candeleros y las lámparas de canfín, cuando una horrible sacudida de la tierra las hizo correr despavoridas hacia el patio.

Una escena terrorífica se ofreció a sus ojos. La cumbre del Irazú semejaba estar iluminada por un colosal incendio. El volcán vomitaba fuego y lanzaba a lo alto piedras enrojecidas que caían con terrífica repércusión. Lava ardiente se derramaba por el cráter y descendía en torrentes calcinadores por las laderas de la montaña, quemando todo a su paso. Truenos y retumbos resonaban en el espacio. Parecía que un genio maléfico y gigantesco reía a carcajadas, mientras sembraba la ruina y la desolación más pavorosa.

En medio de terribles crujidos las casas se desmoronaban y caían a pedazos. Gritos de espanto y de dolor resonaban por todas partes.

Se oían ruidos continuos, espantosos, acompañados de estallidos y repiqueteos, mientras

su hogar, como en una tremenda e increíble pesadilla, se deshacía ante su vista entre una polvareda densa que las ahogaba y las dejaba casi ciegas.

Súbitamente callaron todos los ruidos. Los elementos volvieron a la calma. Un silencio de sepulcro sucedió a la dantesca orquestación de gritos y llantos, de casas que se derrumbaban y de ruidos subterráneos.

Un hálito de muerte y de pavor cortaba todas las voces.

La ciudad entera había quedado convertida en una tumba abierta. De entre los escombros y en medio de un estupor enervante, sólo se oía el sordo clamor de los enterrados vivos.

—¿Ysabel, estás bien?

—¡Sí! ¿Y vos?

—¡Yo también!

Haciendo un esfuerzo supremo, estimuladas por el instinto, lograron sacudir la inercia de terror que las inmovilizaba y caminar vacilantes asidas de las manos.

A la luz ya moribunda del sol se vieron rodeadas de ruinas. Su casa, su hogar querido tan lleno de recuerdos, había desaparecido. No quedaba más que un montón informe de escombros cubierto por restos de la techumbre.

De rodillas, los brazos en cruz, Chica repetía, en interminable sucesión, el místico estribillo:

¡Santo Dios!

¡Santo Fuerte!

¡Santo Inmortal!

Sus voces se entremezclaban con los gritos desarticulados y los llantos incesantes, que en lúgubre sinfonía volvían a escucharse entre las sombras de la noche que ya caía, a los cuales hacía coro la voz cadenciosa de Trino que no hacía más que repetir:

¡Misericordia, Señor!

¡Misericordia, Señor!

¡Misericordia, Señor!

Y de los cuatro rumbos de la ciudad, entre lamentaciones, voces de angustia y llantos de pesar, llegaba el eco apagado de la fúnebre invocación:

¡Santo Dios!

¡Santo Fuerte!

¡Santo Inmortal!

—¡Margarita... Ysabel... Mamita... Eloísa...!
—clamaba don Rafael, fuera de sí, mientras corría de aquí para allá, como un loco, tropezando entre los escombros.

Impulsadas por sus gritos trataron Ysabel y María de acercarse a él, cuando un nuevo y violento remezón les arrebató la tierra bajo sus pies, lanzándolas al suelo.

Paralizadas por el terror no tuvieron fuerzas para contestarle. Ysabel se incorporó de primera y viendo a su madre que yacía postrada, sin

sentido, corrió a su lado y llorando la llamaba a gritos. A sus exclamaciones los demás volvieron poco a poco de su estupor.

Volviendo en sí entre débiles quejidos, doña Margarita paseó su mirada extraviada por su derredor y consternada, al percatarse del horrible siniestro, no pudo menos de exclamar:—¡La Santísima Trinidad se apiade de nosotros! ¡Qué es este horror, Virgen Santa... Pedro, mi hijito de mi alma... ¿Dónde estás?

—No piense en él, mamá—le contestó Ysabel—. Pedro está en San José.

—¡Ah sí! ¿Pero cómo les habrá ido por allá?

Llorando abrazó a su esposo. Ysabel y María se estrecharon a ellos y a su derredor se agrupó la servidumbre. Sus lamentos y sollozos se unieron a los ayes y gritos de los otros sobrevivientes de la castigada ciudad.

—¡Mamá...! ¿Quién ha visto a mamá?—preguntó don Rafael apartándose, su voz alterada por la ansiedad.

—¡Mamita...! ¿Dónde está mamita?—repitió Ysabel con los ojos anegados en llanto.

—¿Y tía Eloísa? tampoco la veo—interrumpió María—. No estaban en la temblorera. ¿No habrán salido?

—No—dijo Chela, temblando y llorosa—no bían salío. ¡Birgencita de la Sunción, amparálas!

—¡San Miguelito los ayude!—imploraba Chica—. ¡Questo si qu'es pior que l'indunación del

Reventao! Aaay, la niña Madalenita, tan buena qu'era! ¡Aaaay, la niña Loisita! ¿Qué bamos aser sin ellas?

—¡Mamita... mamita... Tía Eloísa!—gritaban sin cesar Ysabel y María, presas de indecible pánico.

Nadie respondía.

—Cálmense, cálmense—les recomendó don Rafael, sobreponiéndose a su angustia—. Nada ganan con gritar. Vamos a ver, Chica: ¿sabés vos dónde estaban mamá y Eloísa cuando vino el gran meneón?

—Déjeme ber... ¡ah sí! entoavía rezando en el comeor... Yo alzaba los últimos trastes y'iba llegando a la cosina, cuando los fregamos.

Con el ánimo suspenso volvieron instintivamente la mirada hacia ahí. Las sombras de la noche empezaban a borrar las ruinas de la destrozada ciudad; pero no eran bastantes para ocultar el cuadro de horror que ante sí tenían. En donde antes estaba el comedor, no se veía más que una masa amorfa de adobes, tejas y maderos.

Todos, movidos por el mismo impulso, corrieron allá. Con las fuerzas aumentadas por apremiante zozobra arrancaban tejas, pedazos de adobe, maderos astillados, hasta que les brotaba la sangre de las manos y se les destrozaron las uñas. En vano intentaron alzar parte de la pesada armazón de vigas de la techumbre. Sollo-

zos de desesperación los ahogaban, las lágrimas corrían a raudales por sus mejillas.

La oscuridad era ya absoluta. A tientas, llamándose unos a otros se reunieron y abrazados estrechamente lloraron pensando en doña Magdalena, en Eloísa, muertas quizás bajo los escombros.

Voces que el viento de la noche traía y llevaba, y la luz macilenta de una linterna que subía y bajaba, les anunciaron que alguien se acercaba.

Don Rafael corrió a su encuentro.

—¡En el nombre de Dios—suplicó—ayúdenme! ¡Traigan la luz aquí! ¡Mi madre está enterrada debajo de esos escombros y...

—¿Ah, es usted, don Rafael?

La voz amiga de fray Andrés fué como un sedante para el corazón del atribulado caballero.

—¡Sí, padre, sí, soy yo! ¡Vengan pronto, que mamá y Eloísa están enterradas.

Fray Andrés se separó de su compañero y vino hacia él.

—¡Qué es eso, doña Magdalena... la señorita Eloísa... Santa María... Dios las ampare! ¡Qué terrible catástrofe! ¡Cuántos horrores en esta noche de dolor! Lo peor es que sin herramientas, apenas con este farolito que ya se me va a apagar... en esta oscuridad... ¿Qué podríamos hacer? Lo mejor es buscar gente que le ayude. En eso andamos fray Atanasio y yo.

Por todas partes encontramos tragedias como ésta. Tenga confianza en Dios y no pierda la esperanza, que muchos se han salvado.

Temblaba constantemente. En una fuerte sacudida cedió otro de los pocos horcones que aún quedaban en pie. Con un ruido sordo se desplomó un trozo de pared que casi alcanza a las mujeres que habían permanecido inmóviles en la oscuridad.

Fray Andrés alzó la linterna y miró hacia allá.

—¡Ay, doña Margarita... las niñas, ustedes no se pueden quedar aquí! Vámonos ahí enfrente, al Parque, no vaya a ser que tengamos otra desgracia que lamentar. Además, allá está fray Antonio encargado de los heridos que van trayendo y le pueden ser útiles.

Sin voluntad propia, anonadadas por la tragedia, dándose la mano unos a otros, lo fueron siguiendo por sobre los escombros. Con dificultades pasaron sobre los maderos y los adobes de su destruída casa y salieron a lo que antes había sido una ancha vía. Las construcciones que sobre ella se habían volcado la tenían convertida en campo de ruina y de dolor.

—¡Fray Antonio! ¡Fray Antonio!—gritó el religioso ahuecando la voz—. Aquí están unas señoras que lo pueden ayudar. Yo me voy, porque tengo sagrados deberes que cumplir. En cuanto pueda volveré con ustedes. Haré lo posible por mandarles ayuda enseguida.

—Yo me voy con usted—declaró don Rafael—. No se desesperen. Dios mediante las sacamos vivas—dijo para darles valor, haciendo a un lado su propia aflicción.

*

Habían trascurrido ya varias horas. ¿Cuántas? Nadie sabría decirlo. El tiempo altera su ritmo en las grandes catástrofes, y si a veces parece que vuelan las horas, en otras da la impresión de que los segundos se arrastran con desesperante lentitud.

No cesaba de temblar. Y de cuando en cuando, rompiendo el fúnebre concierto de llantos y de voces, el estrépito de una pared al caer ponía nuevas notas de dolor en el ánimo de los sobrevivientes.

Venciendo dificultades, en medio del desconcierto y la confusión general, consiguió don Rafael que el Comandante le facilitara cuatro soldados al mando de un cabo. En vez de fusiles, picos y palas, y para alumbrarse, toscas linternas y candelas de esperma.

Con mil tropiezos, llegaron al lugar adonde hacía poco se levantaba la destruída casa.

—Bueno, aquí estamos. Por aquí debe ser. Vení vos, alumbráenos con esa linterna. Déjenme a mí dirigirlos. Hay que andar con cuidado, pues no sé si se quedarían en el comedor o si ya irían saliendo por el zaguán cuando la casa se cayó.

Trabajaban en silencio, sin despegar los labios. Con precaución removían las tejas y los maderos que no aprisionaba la masa informe de adobes y deshechos. Luego con ayuda de las palas y usando a veces el pico, desbastaban lentamente aquel montículo en que se había trocado la casa centenaria de los Girón.

Agotados, hicieron una pausa para recobrar el aliento.

—Debe haber muchos muertos—comentó tristemente don Rafael.

—Muchísimos—contestó el cabo—. Yo creo que deben ser varios miles. Hemos formado más de cincuenta escoltas de salvamento con los soldados, los voluntarios y hasta los reos, es decir, los que quedaron, porque en la cárcel hay una gran mortandad. Viera qué templaos son esos reos. Les han prometido ponerlos libres si se portan bien y son tiquisques. Pero no alcanzamos. Son muchos los que están enterrados. Por dicha dicen que ya se espera ayuda de San José. Dios quiera que lleguen pronto porque no damos abasto para tanto.

—Lo peor es que nian tenemos agua—se quejó uno de los soldados—. Y con este polvorrío se le pega a uno la lengua.

—Tenés razón, muchacho, yo quisiera poderles dar algo, café, un trago, cualquier cosa, pero ya ven... ahora es imposible conseguir nada—dijo don Rafael—; pero no les pesará, yo sabré recompensarlos.

—¡No se preocupe, don Rafael! Si estamos aquí por el gusto de servirlo!

—¡No acabaré de agradecerles... pero a ver, empecemos de nuevo, no hay tiempo que perder!

—¡Shsh... como qui'anda alguien por aquí... sí... son voces de cristiano... es alguien quiabla allá abajo... A ver, ayudenmen a levantar esta vigueta... ora... ya... ¡Ah, caray, si es una condenada lora!

Por entre las ruinas, con bamboleos de marinerito viejo y borracho salió la lora. Tenía un ojo destrozado, una de las alas le colgaba inerte, sus plumas estaban erizadas y llenas de polvo; pero gritaba a más no poder:—¡Recontra... qué gran meneón! Por poquitos se nos cae la casa encima!

En medio de aquel drama pavoroso de que eran testigos y actores no pudieron los soldados dejar de reírse. Los atajó la voz airada de don Rafael:—¡Bueno... bueno, no es hora de risas! Pongan ahora mucho cuidado porque esa lora siempre andaba detrás de Eloísa.

Con redobladas precauciones continuaron la tarea. No debían perder minuto porque a cada uno que pasaba disminuían las probabilidades de rescatar vivas a las dos señoras, si acaso no habían muerto en el instante mismo del terremoto. Pero no podían avanzar con la rapidez deseada por el temor de provocar nuevos derrumbamientos en los pocos lienzos de pared ya cuarteados que aún quedaban en pie.

Hacía un frío atroz; pero el esfuerzo y la emoción los mantenían calientes y sudorosos.

Hasta ellos llegaban apagados por la distancia y el ruido de sus propias herramientas, los gritos de renovado dolor que se producían a cada instante al ser reconocidos los cadáveres que se extraían de los escombros.

Más cercanas, las palabras de las rítmicas letanías que entonaba doña Margarita y que contestaban a coro centenares de mujeres agrupadas a su derredor, resonaban con un extraño efecto al ser traídas y llevadas por el viento que soplaba en encontradas direcciones.

¡Arca de Alianza!

¡Ruega por nosotros!

¡Torre de Marfil!

¡Ruega por nosotros!

¡Consuelo de los afligidos!

¡Ruega por nosotros!

—Mi cabo, aquí suena a hueco—dijo de pronto, lleno de excitación, uno de los soldados.

—¡A ver, vení vos, acercá esa linterna!

—Sí, no hay duda, aquí hay algo que formó como un puente y no permitió que cayeran escombros abajo.

—¿A ver, muchacho, podrías entrar allí?

—¿Y no m'irá quer encima esa confisgación?

—¡No seas pen... ¿Si no se ha caído antes por qué se iba a caer ahora?—dijo el cabo—.

Hagan más ancho el hueco. Te metés gateando... te alumbrás y nos decís como está la cosa.

—Güeno, pus voy'ir. Aber, deme el jarol... mmm... sí, aquí hay alguien...

—¡Quitá, esto me toca a mí—exclamó don Rafael, y apartándolo, entró en el agujero. A un lado, un poco más adentro oyó un débil gemido. Con las fuerzas multiplicadas por la ansiedad, el rostro contraído por el esfuerzo y la angustia logró por fin sacar a Eloísa.

Estaba media muerta de dolor y de espanto. Llena de contusiones, las ropas manchadas y el cabello blanqueado por el polvo. Suplicaba sin cesar con voz ronca: ¡Saquen a mamita... sáquenla ligero... hasta hace un ratito la oía respirar!

Clareaba el día. Ya empezaban a perfilarse los destrozos entre las brumas de la madrugada. En medio de lamentaciones e impresionantes escenas continuaba la tristísima tarea de salvamento.

Guiados por casi imperceptibles quejidos, encontraron a doña Magdalena, sin sentido, con una profunda herida en la frente.

Cuando la llevaban en brazos hacia la camilla que tenían preparada, volvió en sí.

—Rafael... Margarita... las muchachas... ¿cómo están?—fueron sus primeras palabras, su voz debilitada por los sufrimientos y la pérdida de sangre.

—Todos bien, mamacita—apenas pudo balbucear don Rafael, la voz cortada por honda emoción—. Pero no hable...

—¡Loado sea Dios... se lo pedía... con toda mi alma... aceptar mi vida... a cambio de la de ellas...

No dijo más. Los sufrimientos de una noche inenarrable, las angustias y las emociones de las últimas horas, fueron más poderosas que la voluntad recia de aquella noble dama, que poco después expiró dulcemente en brazos de sus hijos.

*

Se dirigía Pedro a casa de doña Mercedes, en donde vivía, cuando se enteró de la terrible noticia.

Se había comentado en el Club lo severo del temblor de las seis y media; pero nadie sospechó que hubiera podido traer tanta desgracia a Cartago.

La triste nueva la trajo un jinete que corría por las calles de la ciudad, el rostro lleno de polvo, la mirada extraviada, el traje sucio, su caballo sudoroso y agitado. Venía de la propia ciudad de Cartago rompiendo cabalgaduras, y se detenía de cuando en cuando para gritar:

—¡Auxilio para Cartago! Cartago está destruido... médicos y enfermeras... medicinas... Cartago está en el suelo... hay centenares de muertos y miles de heridos... ¡Por el amor de Dios, auxilio!

A sus gritos se detenían los trasnochadores y se apiñaban a su derredor. Con lágrimas en los ojos y temblor en el corazón le oían su narración y escuchaban sus respuestas.

—¡Sí, todo está destruído... el palacio de la Corte Centroamericana en el suelo... el colegio de San Luis, un montón de ruinas... el Santuario de los Angeles, en escombros... el cuartel, la casa de los Troyo, todo... todo... todo desaparecido! No hay luz... no hay agua... no hay medicinas, ni siquiera vendas... Los heridos, tirados en las calles, sin nadie que los atienda... muertos por todas partes y muchísimos enterrados vivos que no tienen quién los saque... ¡Es horrible... lo más espantoso que pueda imaginarse!

La noticia corría como un reguero de pólvora. Las luces de las casas se encendían una a una como si formaran un solo circuito. Se abrían las puertas y la ciudad antes dormida respiraba ahora vida alentada por las emociones. Todos comentaban, primero entre sí, luego con los vecinos, la trágica noticia.

—¿Será verdad? ¿No habrá mucha exageración en todo lo que se cuenta? ¿Será posible tamaño desastre?

Ya sale un hombre, envuelto en amplio sobretodo, y con paso apresurado se dirige hacia la Comandancia de Plaza. Y después otro. Y más tarde otro. Y muy pronto son centenares

los que llegan. Quieren ayudar a sus hermanos en desgracia y se ofrecen para lo que se les mande. Muchos tienen parientes en Cartago. Todos tienen amigos. Pero más que el sentimiento de amistad, los mueve el noble deseo de ser útiles a sus semejantes. Son médicos, son ingenieros, son abogados, son obreros, son farmacéuticos... Pertenecen a todos los grupos sociales, unidos en la desgracia como quizás nunca lo estuvieron en la felicidad.

Despavorido, corriendo a más no poder, llegó Pedro a la casa de Jaime.

No sabía nada. ¡Debe ser una exageración! Las gentes son tan amigas de abultar todos los acontecimientos—comentó.

—Sí, pudiera ser—contestó Pedro—por eso vine aquí antes de asustar a Nanita Mercedes.

—Preguntemos a la Casa Presidencial. Voy a telefonear... ¿La Casa Presidencial? Habla Jaime Girón. Llamaba para preguntar qué saben ustedes de esa noticia que corre de que el temblor de esta tarde hizo muchos daños en Cartago... ¡Ah, sí... muy alarmante!... ¿Muchos muertos?... ¡Destrucción total!... ¿Pero está confirmada?... ¿El señor Ministro de Hacienda?... A la una?... Pues hágame el favor de decirle al señor Presidente que le agradecería, como un servicio muy especial, que nos permitiera a mi sobrino Pedro y a mí acompañarlo. Mamá y la familia viven en Cartago y

nos tienen muy preocupados con tan terribles noticias.

Colgó el receptor y con voz emocionada dijo a Pedro y a Julieta que había bajado envuelta en elegante bata:

—Parece que desgraciadamente es cierto. Acaba de telefonar desde Tres Ríos el señor Ministro de Hacienda para informarle al señor Presidente que había llegado mucha gente huyendo de Cartago y que todos dicen lo mismo: que la ciudad está enteramente destruída. El primer tren con el señor Presidente y las primeras brigadas de salvamento saldrá a la una. Así es que voy a alistarme. Vos, Julieta, mejor será que te acostés... ¡Quién sabe que nos traerá el día de mañana...!

Cuando llegaron a la estación se oía ya el trote de los caballos que arrastraban los coches de la Presidencia. El tren estaba listo para partir. La máquina había levantado vapor, y los carros estaban enganchados. Sólo se esperaba la llegada del Presidente y sus acompañantes.

Lentamente se deslizó la locomotora sobre la angosta vía de hierro, arrastrando penosamente los vagones de que se componía el tren. No querían sus conductores correr el riesgo de un descarrilamiento, muy posible en aquella noche en que la tierra no parecía cansarse de temblar.

Nadie hablaba en voz alta. Embargados por

profunda emoción los pasajeros permanecían silenciosos, abstraído cada uno en su propia congoja. Pensaban en los seres queridos que tenían en Cartago. ¿Vivirían aún... habrían muerto aprisionados horriblemente por los escombros y los maderos? ¿Estarían viviendo la angustia espantosa de los enterrados vivos...? ¿Estarían mutilados, tronchada para siempre su felicidad...

*

Dejaron el tren poco antes de llegar a la quebrada del Fierro. La línea, abierta a trechos por la fuerza del espantoso sismo, no le permitía ir más adelante. A pie, por la vieja calzada que abrieran sus antepasados, continuaron en penosa marcha hacia la castigada ciudad.

Encontraban a cada paso grupos de fugitivos, desgredados, la mirada perdida en el espacio, atontados por el terror, que huían con paso vacilante de la catástrofe que llevaban incrustada en la memoria. Llenos de ansiedad les pedían algún detalle, alguna noticia que les llevara tranquilidad a su espíritu. Apenas si se detenían a contestarles... Sí, es horroroso... lo peor que pudieran imaginarse... No, nada sabemos, nada se puede saber de nadie que no hubiera estado con uno en el momento de la tragedia... Hay mucha necesidad de auxilios...

Al filo de las tres pasaron por Ochomogo y ya rayaba el sol en el horizonte rompiendo la

negrura de la noche cuando llegaron al puente del Reventado. El frío cortante de la madrugada hería los músculos de sus caras y les entumecía los dedos de las manos a pesar de la agitación que les producía aquella larga y penosa caminata. Apretaron el paso. Ya no se detenían a interrogar a los fugitivos, enloquecidos de terror unos, enmudecidos por el pánico los otros, que se encontraban a la vera del camino o en medio de la calle. Su angustia aumentaba por instantes, y en la garganta de Pedro un nudo le impedía ya conversar.

Una sensación de espanto los paralizó al doblar la esquina del Cementerio. La ciudad, la bella y aristocrática ciudad de sus mayores, la de sus sueños, la que había sido campo de sus juegos juveniles, la que tantos e inolvidables recuerdos tenía para ellos, no era nada más que una masa informe y nauseabunda de ruinas y de cadáveres.

Impulsados por el deseo de saber de los suyos se adelantaron Jaime y Pedro al grupo del Presidente. No sabían cómo llegar a la casa ancestral de los Girón. Las calles habían desaparecido, obstruídas por los escombros, los abrigos que ya se improvisaban en medio del terror, y una multitud atontada que no sabía qué hacer ni adónde dirigirse. Los muros centenarios de la Parroquia Colonial les sirvieron de guía.

Avanzaban con dificultad. A cada paso un

cuadro horripilante aumentaba el pavor de sus corazones. Aquí un pobre padre lloraba inconsolable deseando morir al ver que por desenterrar a un hijo que clamaba pidiendo socorro, en medio de tenebrosa oscuridad, había asfixiado, sin advertirlo, a otro que yacía inconsciente a su lado bajo los destrozos. Allá un joven abrazaba desesperado el cadáver rígido y frío de su esposa amada con quien, el día antes, había contraído matrimonio. Un poco más adelante, una madre con ojos de alienada corría frenéticamente por entre los escombros, dando alaridos que helaban la sangre en las venas, sin querer soltar a un niño que llevaba muerto en sus brazos.

Conmovidos hasta lo indecible, no se detenían a pesar de su emoción. Ni siquiera lo hicieron al oír los gritos espeluznantes de quienes todavía alentaban vida debajo de los montones de escombros. No tenían más pensamiento que auxiliar a los suyos cuanto antes. Acicateados por honda inquietud, echaron a correr. Primero Pedro. Detrás de él Jaime. Saltaban por encima de los escombros, hurtaban el cuerpo al encontrar obstáculos o personas, sin querer saber de nadie, sin cuidarse de golpes o desgarrones.

Por fin sudorosos, agotados, llegaron frente a las ruinas de su casa. Estupefactos, sintiendo que lentamente se les filtraba en el alma el hielo de un dolor indecible, se quedaron inmóviles, paralizados.

Pedro se dejó caer y tendido de bruces sobre los restos de su hogar, lloraba como un niño, y en medio de desgarradoras lamentaciones llamaba a gritos a sus padres, a su hermanita, a todos los seres queridos que creía sepultados bajo los destrozados muros. Como un loco empezó a apartarlos con sus manos temblorosas, sin saber ya ni lo qué hacía. Jaime seguía inmóvil. Con ojos de enajenado paseaba su mirada a su derredor; de cuando en cuando se frotaba los ojos con un gesto nervioso, como quien quiere despertar de una pesadilla.

—¡Don Jaime...! ¡Pedrito...!

Trino, sollozante, corría hacia ellos.

—¡Vengan, vengan conmigo...! Aquí enfrente está la familia...

—¡Viven entonces!—gritó Pedro poniéndose en pie de un salto—. ¡Mamacita... Papá... Isabel... Mamita...—los llamaba en el colmo de la excitación. Fuera de sí sacudía a Jaime, lo tiraba por un brazo, mientras lanzaba alaridos de júbilo y reía nerviosamente—. ¡Están vivos... vivos! ¡Venga... vamos... ligero...!

Y temblorosos, tropezando, apoyados el uno en el otro, como ebrios, siguieron a Trino.

Con el rostro demacrado por las terribles horas de angustia, venía don Rafael hacia ellos. Al verlos rompió a llorar con el llanto ronco, trabajoso, conmovedor, de los valientes en los trances supremos. Luego, abrazado a ellos pug-

naba por hablar, sin lograrlo. Por fin pudo balbucear:

—Todos están a salvo... todos, menos Mamita...

Calló, y tras una pausa pudo continuar con la voz quebrada por intensa pena:

—Mamita quedó enterrada... la pudimos sacar, pero no quiso Dios que sobreviviera...

Reunidos poco después en triste corro alrededor del cadáver de doña Magdalena no tuvieron ánimo ni para comentar siquiera los detalles de la tragedia, de aquella tragedia que no era más que una de tantas que habían ocurrido en esa noche lóbrega.

De pronto apareció ante ellos, pálida como un espectro, los ojos hundidos, trastornada por honda zozobra, Genoveva, la madre de Joaquín.

—¿En dónde está?—gemía—; ¿qué ha sido de él? Quedó de regresar anoche mismo sin falta...

Entre sollozos le contó Ysabel que pocos momentos antes del terremoto se había despedido con el propósito de regresar en seguida a la finca, pues tenía urgencia de atender un asunto.

Nada dijo María. Pero la aflicción que toda la noche había venido rumiando su corazón, poco faltó para que saliera a sus ojos y dijera lo que sus labios no se habían atrevido a decir.

Haciendo a un lado su propio dolor, la familia Girón se esforzó por dar valor y consuelo a la desolada madre.

—Voy a ver qué puedo averiguar—se ofreció Pedro, acrecentada su tristeza por la certidumbre de que algo muy grave tendría que haber sucedido a Joaquín.

—Yo te acompaño—le dijo Jaime—y con eso veo cómo podemos hacer para enterrar a mamá. Se dirigieron hacia el cuartel. En la plaza, colocados uno a la par del otro con simetría horripilante, los cadáveres aún no identificados presentaban un espectáculo macabro. Algunos estaban decapitados, otros mutilados, unos pocos intactos. Todos, humedecidos por la lluvia que no cesaba desde la madrugada y enlodados por el polvo tenue que seguía cayendo sobre la ciudad. Con lentitud, uno a uno pasaban frente a ellos los acongojados deudos que buscaban a sus parientes desaparecidos.

Se unieron a la tétrica fila. No encontraron a Joaquín, ni nadie supo darles razón de él. Se dirigieron al Cementerio. Debían apresurar las diligencias para el entierro de doña Magdalena. Ya comenzaba la interminable procesión que habrían de formar los muertos del 4 de Mayo. En coches, carretas, carretones, parihuelas y camillas, unos en pos de otros eran conducidos al Campo Santo los cadáveres en aquella noche infortunada. Con los nervios crispados asistieron al macabro espectáculo, estremecidos de pesar sus corazones, al contemplar los horribles hacina-
namientos de niños y de adultos que cada carreta conducía.

Ya habían visto enterrados a los vivos. En el Cementerio habían de ver desenterrados a los muertos. La violencia del terremoto los había lanzado fuera de las sepulturas, y en un cuadro dantesco aparecían aquí y allá en las posiciones más caprichosas. Se preparaban ya las zanjás en donde habrían de ser enterrados, confundidos en la muerte como no lo habían estado en la vida, los cadáveres de centenares que nadie reclamaba. En el fondo del Cementerio se alistaba también la pira funeraria que habrían de formar con sus osamentas los muertos de treinta años removidos de sus tumbas por las furias del Averno.

La influencia y los recursos de tío Jaime lograron que un grupo de improvisados zapadores prepararan la fosa en que había de dormir su sueño eterno doña Magdalena. Consiguieron también que se les facilitara tosca caja de madera que hizo veces de ataúd, y un desvencijado coche de cuatro ruedas para suplir el lujoso carro fúnebre que su posición le daba derecho a esperar.

—¿Por qué no nos la llevamos a San José?— preguntó Ysabel—. De todas maneras dicen que Cartago va a ser abandonado, y ...

¿Abandonar Cartago? ¡Jamás! Sería como arrancar las raíces del árbol de la patria; como abandonar a la madre cuando se ha puesto vieja y achacosa; renegar de la historia, no apreciar que

aquí nació nuestra civilización, que todas las ciudades y población de Costa Rica son hojas desprendidas de este árbol centenario. ¿Dejar a Cartago? ¡Nunca! Insinuarlo siquiera es una herejía; decirlo es agraviar a diez generaciones que aquí se han sucedido una tras otra; proponerlo es olvidar que ésta es la Ciudad Santa de Costa Rica... No, Cartago no será abandonada. Cartago será reconstruída y de sus escombros se levantará una nueva ciudad que seguirá siendo el símbolo mejor de nuestra tierra y de sus anhelos... No, Cartago no morirá... Nosotros nos iremos ahora con Jaime, porque no tenemos en dónde vivir; pero yo volveré a construir de nuevo mi casa, la casa en que vivieron mis antepasados y en la que seguirán viviendo mis descendientes...

Calló don Rafael, y tras un improvisado responso que rezó fray Andrés, el coche que conducía el cadáver de doña Magdalena se unió al largo cortejo de las víctimas de la fatídica noche.

*

En el primer tren de heridos se trasladaron a la capital.

Ya en San José supieron que Joaquín había muerto, víctima del terremoto. Destrozado, casi inconocible, lo habían sacado de las ruinas de la torre de la iglesia del Carmen que, al derrum-

barse, le cayó encima, cuando con el alma llena de ilusiones y de amor se alejaba apenas de la casa en donde dejaba a su inmenso querer.

Inconsolable, Ysabel no cesaba de llorar. Con pertinaz obsesión se sentía culpable de la muerte de su abuelita y de su novio, de la destrucción de Cartago, y de todas las desgracias que se habían sucedido en los últimos meses. Enfermó seriamente, y en sus delirios repetía sin cesar las culpas a que atribuía tanto severo castigo.

A fuerza de cuidados y atenciones constantes restableció por fin al cabo de varias semanas de congoja.

Pero entonces fué María la que hubo menester de nuevos cuidados. Sus nervios en tensión no resistieron más y llegó a temerse por su vida.

Venció al fin la ciencia auxiliada por el cariño de su familia, y a los pocos meses ya convalecía. En sus grandes ojos negros una expresión indefinible ocultaba su determinación que al fin les comunicó el día tradicional de la Virgen de los Angeles. Ingresaría a un convento, tomaría los hábitos y consagraría su vida a Dios.

Le hicieron toda clase de reflexiones. Fué inútil. Su decisión era irrevocable, y en cuanto no más le dieran permiso partiría al noviciado de Nuestra Señora de Sion en París. Estaba resuelta a hacerlo; sabía que esa era su vocación y nada podía inducirla a variar su criterio.

Ysabel no se conformaba con la resolución de su prima ni con las razones que la motivaban, hasta que una noche, quebrantada ya la voluntad de María, le abrió su corazón entregándole con voz balbuceante el secreto de su vida.

—Vos sabías, Ysabel, porque yo un día te lo conté—murmuró con voz entrecortada—que yo estaba enamorada de un hombre que pertenecía a otra. Pero lo que no sabías, lo que nunca has sospechado siquiera es que ese hombre fuera Joaquín.

Hizo una breve pausa como para cobrar valor, mientras Ysabel la miraba asombrada, y continuó:

—Tenía yo apenas trece años cuando comprendí que lo quería con locura. Cada vez que lo veía me convencía más y más de que para mí jamás habría otro capaz de suplantarlo. Conmigo fué siempre cariñoso, condescendiente y bueno, y por eso yo me había engañado, pensando: me quiere y cuando yo sea mayor, algún día me lo dirá. Pero ya ves, de quien se enamoró fué de vos. Cuando me dí cuenta de ello sufrí lo indecible. Perdoná mi culpa, Ysabel—añadió escondiendo la cara en su hombro—; por largo tiempo casi te he odiado... no me guardés rencor... ¡lo he expiado tanto...!

Ysabel la escuchaba atónita, con los ojos arrasados en llanto, recordando cuán poca estimación había tenido ella por aquel amor que pudo haber hecho la felicidad de María.

—¿Que te perdone yo?—sollozó besándola—. ¡Más bien procuraré vos perdonarme a mí!

—Poco a poco me fuí resignando a que fuera para vos—continuaba María—. ¡Has sido tan buena conmigo... más que una hermana!

—¡Ay, no, por Dios, no digás eso!—exclamó Ysabel llorando amargamente, arrepentida de haber hecho sufrir tantas veces a esta humilde y bondadosa niña que jamás le había dado qué sentir.

María seguía hablando con débil voz:—Aunque sabía que nunca podría ser mío, me satisfacía con sólo verlo y hablarle de vez en cuando. El parecía quererme con algo del cariño que se siente por una hermana y siempre, como cuando era chiquita, me daba bromas y—¿recuerdas?—me llamaba su venadito. Eso era porque hace ya mucho tiempo su madre dijo un día que mis ojos grandes y tristes le recordaban los de las gacelas. Yo me conformaba y hasta llegué a desear que ustedes se casaran pronto para poder mimar a un hijo suyo, a otro Joaquín chiquitito que llevaría en mis brazos y querría como si fuera mío. Ya ves, eso debe haber sido malo porque Dios me castigó. Ahora que ya no existe no quiero nada del mundo, tan sólo deseo esconderme y rezar mucho. Espero que sirviendo a Dios con toda dedicación me dé entereza para soportar este dolor que me está matando.

Profundamente conmovida, deseosa también

de reparar sus faltas abandonando el mundo y dedicándose por entero al servicio de Dios, Ysabel resolvió que debía acompañar a María y hacerse monja, como ella.

De nada valieron reflexiones de don Rafael y de doña Margarita. Impertérrita en su resolución, con firmeza mantuvo que su inesperada vocación no era hija de su carácter variable, sino inspiración del cielo.

Sin osar oponerse del todo a la voluntad de su única hija, estaban casi decididos a darle su consentimiento y ya se resignaban a ver partir para siempre a las dos niñas; pero no contaron con doña Mercedes.

A pesar de ser católica ferviente, cumplidora exacta de sus deberes y cooperadora entusiasta en cuanta obra pía se fundara en el país, no estuvo de acuerdo en permitir que su bellísima y querida nieta encerrara su juventud entre cuatro muros, y casi fuera de sí declaró dramáticamente que sólo sobre su cadáver sucedería semejante absurdo.

—¡Qué va a tener vocación esta criatura— repetía—; lo que pasa es que es una gran novelera!

Encontró un aliado donde no lo esperaba, pues el confesor de las niñas, consultado por sus padres, como era natural, declaró enfáticamente que no creía en la vocación de Ysabel. —María, en cambio—dijo—es otro caso muy

distinto. Siempre le he encontrado marcadas tendencias hacia el misticismo y el sacrificio. Mi consejo por lo tanto es que permitan a María entrar en el noviciado y que a Ysabel la manden cuanto antes a distraerse. Que haga en la próxima primavera ese famoso viaje, con el cual se pasa soñando. De todas maneras siempre tendrá tiempo para encerrarse en el convento si de veras resulta que tiene aficiones por el monjío.

No necesitó más doña Mercedes, ni fué difícil tampoco convencer a don Rafael. Quebrantada su voluntad con la terrible catástrofe y particularmente por la muerte de su madre, a quien había querido y venerado con delirio, no tuvo ánimos para oponerse al despliegue de energía y decisión de que hizo gala su suegra en esta oportunidad.

Y así, a poco de haberse celebrado la misa de cabo de año de doña Magdalena y de Joaquín, partieron las dos primas, una hacia París, su alma embargada por el misticismo exaltado de su religiosidad; la otra hacia Nueva York, deprimida su voluntad por tanto infortunio, decaído su espíritu por tanto dolor.

*

¡El tiempo reserva tan inesperadas como crueles sorpresas!

¡Cuántas horas de su corta existencia había pasado Ysabel soñando con un viaje! Le había

parecido entonces que al realizarlo no le cabría la felicidad en el pecho. Sin embargo, llegó ese día tan esperado y la encontró indiferente.

Creía que su tristeza sería perpetua. Casi ni se dió cuenta de los preparativos. Como una sonámbula se dejó llevar a Puerto Limón y embarcar, aletargada por una indefinible y extraña sensación de no ser ella misma sino otra quien se iba.

Viajaban a bordo algunos costarricenses que conocían su historia. Intrigados con su malogrado romance, dolidos de que una mujer tan joven hubiera sentido ya la amargura de una tragedia que hacía más interesante aún su excepcional belleza, la rodearon de cariñosa solicitud y procuraron con halagos hacerle olvidar su infortunio.

Pero ella se sentía sin ánimo, llena de desaliento. Le repugnaba ver y mucho más hablar con gente desconocida. La mareaba el movimiento del barco y la asustaba el océano que enfurecido y levantando olas como montañas lo sacudía cual leve juguete sembrando el pánico entre los pasajeros. Recluída por fuerza en su camarote y presa de horrible malestar, deseaba únicamente que la dejaran sola, tranquila, ansiando a ratos que el barco se hundiera para que la muerte pusiera fin a sus tormentos.

Cuando despertó del pesado sueño en que por fin la sumieron el agotamiento y el mareo.

un brillante sol entraba a raudales por la redonda ventanilla de su camarote. Las máquinas con monótono run run parecían arrullarla, y el mar con suave vaivén, apenas perceptible, mecía el barco.

Los reflejos del agua girando en el luciente cielo raso y en las albas paredes del camarote formaban un ambiente tranquilizador de agradables y cambiantes tonos acuamarinos, que pronto calmaron su espíritu.

Se incorporó en la cama y arrodillándose frente a la ventanilla se asomó por ella. Quedó asombrada al contemplar un panorama completamente desconocido: hasta donde alcanzaba la mirada, mar, nada más que mar y cielo.

¡Cuánta agua, pensó infantilmente, y por primera vez percibió aunque de manera vaga, lo muy pequeños que somos, cuán poco valemos y cuán insignificantes son nuestras quejas ante la inmensidad del Universo y sus manifestaciones.

Al aspirar instintivamente el aire cargado de oxígeno, experimentó la extraña emoción de resucitar en otro mundo. Tomó la resolución de desechar sus penas y rehacer su vida, y su alma renovada, harta de llorar, repelió los pensamientos que obstaculizaban su marcha hacia el placer y la felicidad.

Al día siguiente llegaron a Nueva York.

¡Nueva York! ¡Ciudad milagro! ¡Ciudad maravilla! Su nombre evoca en la mente de incontables mortales, glorias alcanzadas, ambiciones cumplidas, fama soñada, fortunas ganadas y fortunas perdidas, luces que giran y brillan pregando los éxitos conquistados, centelleantes nombres de grandes artistas, compositores, cantantes, bailarinas. Allí, Sara la divina, Caruso el incomparable, Mary Garden, la soberbia protagonista que conmovió al mundo del arte con su interpretación original y atrevida de la ópera *Salomé*. Y miles más que lograron prestigio, honores, riquezas, y dejaron al morir un recuerdo imperecedero.

¡Nueva York, ciudad de artistas, de escritores, de empresarios, de hampones!

¡El músico sueña con escenas de esplendor en que él, centro de todos los oídos, cosecha aplausos y emociona multitudes! ¡El pintor se ve aclamado a través de los siglos por millares de entusiastas admiradores de su arte inmortal! ¡El escritor cierra los ojos deslumbrado y aturdido por el vertiginoso girar de las rotativas que han de imprimir sus libros ennoblecidos por las alas de la fama!

¡El empresario contempla con su mirada audaz las combinaciones sutiles que su genio financiero ha de tejer para mover el engranaje de industrias nuevas y de comercios no conocidos! ¡El

hampón urde en su imaginación enferma las incidencias ignoradas que han de permitirle ganar sin esfuerzo y con sorpresa una fortuna!

Todos sueñan sus sueños de gloria que sólo Nueva York puede realizar. Ninguno piensa en los millares de seres desgraciados, desdeñados de la victoria, que mueren todos los días, tras largos años de esfuerzo infructuoso por alcanzar la gloria que se les escapó.

*

En el muelle las esperaban sus parientes. A pesar del atolondramiento que le causaba el ruido y la confusión de las gentes que corrían y gritaban, Ysabel los observaba con curiosidad. Tío Pat, un señor grandote y colorado, con los ojos de un azul intenso que la hicieron recordar el océano que acababan de surcar. Tía Luisa—esta señora tan joven, tía Luisa, y pensar que tiene dos hijos de quince y de diecisiete años!

Admiraba de soslayo su cutis terso y sonrosado, su esbelta figura, su hermoso cabello dorado y abundante, peinado con estudiada sencillez, y buscando el parecido que siempre le habían dicho que tenía con ella, no le disgustó constatar su elegancia y su belleza.

Sus dos primos, Junior y Henry—los pudo ver cuando soltando por fin a doña Mercedes a quien por poco habían ahogado a cariños—vinieron a saludarla y casi la asfixiaron también

con abrazos y ademanes de cachorros de oso. Tenían un parecido asombroso con tío Pat, y aunque no se podían calificar de bien parecidos, sí eran muy afables y simpáticos.

Mientras los mayores se ocupaban del equipaje, sus primos se hicieron cargo de ella. Hablaban bastante bien el español, aunque con marcado acento extranjero e intercalando constantemente palabras en inglés.

Los tres formaban, en el vasto recinto de la aduana, una pequeña isla completamente rodeada de un tumulto de gentes que bulliciosamente se reunían a sus familiares y amigos, entre los cuales se movían con dificultad los faquines que llevaban y traían equipajes, que con sus múltiples etiquetas evocaban el recuerdo de exóticos países y de mundanales urbes, y los grandes carros, tirados por enormes percherones, que al rodar con estrépito ensordecedor sobre los gruesos bloques del pavimento, cantaban la canción del progreso y la pujanza de una nación en pleno desarrollo.

Sus primos contribuían a aturdira al tener que gritar para ser oídos por encima de esta algarabía.

—¡Ya verá cómo se va a divertir! ¿Juega usted al *tennis*? ¿Quiere entrar al próximo *tournament*?—le preguntaba uno.

—¿Monta bicicleta? El domingo entrante vamos a un *picnic* con un grupo de ciclistas...

No será lejos... cosa de cincuenta millas ida y vuelta. . . La llevaremos—gritaba el otro.

—¡De seguro que usted es una experta nadadora. *¡Gee whiz, she certainly has the whosis! ¡Don't you think so Juny?*

—¡Sure! ¿De qué altura hace usted el *dive*? Henry rompió el *record* del Woodridge Swimming Club la semana pasada.

No tenía tiempo ni para contestar. Estaba aturrida y la cabeza le daba vueltas. Se serenó ya en el auto que los conducía a su residencia, situada en Woodridge, atractivo suburbio de los alrededores de Nueva York, al contemplar maravillada los altos edificios y el constante y acelerado pasar de vehículos y transeuntes.

El auto corrió presuroso Broadway arriba, dió vuelta por la calle ciento veinticinco y entró al Riverside Drive, la bella avenida bordeada de árboles que corre paralela al majestuoso río Hudson.

Junior y Henry seguían incansables, hable que te hable de un sin número de planes deportivos para el inmediato futuro.

¿Será en serio todo esto que me dicen, o querrán tomarme el pelo? ¿Y si no—se preguntaba Ysabel alarmada—qué clase de vida de manicomio o de circo me espera?

Pero al llegar a la casa de sus tíos, una antigua e imponente mansión de estilo colonial inglés, rodeada de bellos jardines, desaparecieron todos sus recelos.

¡Ay—suspiró encantada—aquí en esta casa tan linda no podré menos que ser muy feliz!

Aumentó su entusiasmo al entrar al amplio vestíbulo de donde pudo ver a través de las elegantes puertas de cristal, espaciosos salones lindamente decorados, mullidos sillones forrados en ricas telas de diversos tonos, plegados cortinajes de transparente tul velando apenas la claridad del día, flores en profusión arregladas con primor, lámparas y adornos lujosos que formaban un conjunto delicado de singular armonía.

No era excepcional la casa de los señores O'Malley. Igual que ésta había millares en los Estados Unidos y ciertamente que no se podía comparar ni remotamente con los espléndidos palacios de los millonarios; pero no conocía aún Ysabel la vida fastuosa de las grandes ciudades y al contemplar embelesada un estilo nuevo para ella, adquirió aquella mansión los atributos de un castillo encantado.

Estaba segura de que sería completamente dichosa en este marco que calificó de divino; pero muy pronto comenzaron los desengaños que tanto la hicieron sufrir.

Su tía Luisa resultó una desalentadora sorpresa para ella. No gustaba de la «Gran Sociedad», era más bien enemiga de la vida frívola de placeres mundanos. Ella creía tener en el mundo una misión muy elevada que cumplir, y se había

poseionado de su papel de DAMA AMERICANA MODERNA Y CULTA! Así, con letras mayúsculas.

La favorecía para ello la circunstancia, que no dejaba olvidar, de que un antepasado de su esposo había llegado al Nuevo Mundo en el primer viaje del *Mayflower*, y la tía Luisa—Mrs. Patrick Henry O'Malley, como decía en los sobres de la abundante correspondencia que a diario recibía con gran asombro de Ysabel—aprovechaba la preponderancia que le daba ese oportuno desembarco de su pariente en la renombrada Roca de Plymouth para dirigir con un progresivo despliegue de hábiles medidas estratégicas y a través de la Liga de Clubs Pro Hogar—de la que era eficientísima Presidenta—los modales, los gustos, el buen tono; en una palabra, la cultura de un gran número de señoras de su patria adoptiva.

En esto era un verdadero apóstol. Todo se puede hacer, repetía a cada rato, si se hace de manera culta y distinguida.

Por eso, a pesar de su modernismo, no transigía con las sufragistas, o por lo menos, con los métodos empleados por ellas para conseguir el voto.

—¡Eso sí que no!—declaraba con énfasis y así lo hacía saber a sus «Hogareñas». ¡Andar por ahí haciendo el ridículo, marchar por las calles vestidas de fantoches y portando estandartes, no lo puedo tolerar. No, mil veces no... no sería culto ni distinguido.

Opinaba que puede más la influencia de la mujer sabiamente aplicada sobre el sentimiento y la voluntad de los hombres, que adoptar modales agresivos y hombrunos para exigir privilegios que a la larga resultarían negativos.

En cierta ocasión, no pudo menos que reír Ysabel, al oír un diálogo entre su tía y su abuelita. Entre la reacción y el modernismo, como si dijéramos.

—Mire, mamá—le decía tía Luisa—: ¿sabe por qué no estoy decidida a apoyar la petición del voto femenino? Porque de nada serviría darle el voto a todas las mujeres—. Y siguió con entonación de orador, dirigiéndose a su madre que la escuchaba enmudecida de asombro por el cambio que había sufrido el carácter de esta hija en los diez años de no verla—: Yo me decidiría a actuar si se acordara que el voto fuera únicamente para aquellas mujeres que hubieran cursado siquiera los ocho años de enseñanza primaria, adquiriendo así algo de cultura, con exclusión naturalmente de las de mala vida o las que hubieran cometido delitos. Por cierto que voy a influir en Pat para que haga presión en el grupo de sus colegas del Foro y que de una vez se pasara otra ley restrictiva del voto de los hombres en igual sentido.

En alas ya del entusiasmo continuó como si estuviera en una tribuna:

—Este movimiento debería ser mundial para

que llegara a influir benéficamente en la historia de la humanidad. ¡Vea, mamá—añadió—ahora que usted regrese a Costa Rica me va a ayudar! ¡Le va a decir a tío Manuel que podría cubrirse de gloria y dejar la presidencia del Congreso lleno de prestigio, si se empeña en auspiciar allá esa ley!

—¡Yo!—exclamó o más bien gritó la pobre doña Mercedes muerta de susto de sólo pensar en semejante cosa.—¡Qué horror, mi hijita! ¿Qué estás diciendo? ¡Dios me libre de hacerlo! ¿Qué iba a pensar de mí, mi hermanito tan querido? Cuando menos creería que me he vuelto mari-macha metiéndome a opinar de política, de leyes y de cosas de los hombres. ¿Quién mete a las mujeres en eso y menos en Costa Rica? ¿Qué querés, que me pongan motes ridículos y que hasta los chiquillos de la calle me los griten como a «Ña Fustes»? ¡Por Dios, Luisa, dejá eso!—le rogó con acento angustiado—. ¿Qué va a decir tu marido?

—¡Jesús, mamá, tan anticuada! ¿Quién se preocupa de lo que piensa el marido? ¡No sea tan exagerada! Si aún en Costa Rica, una cosa es ponerse en ridículo politiqueando abiertamente en público y otra convencer con discreción y disimulo a los hombres de la familia y salirse una con la suya sin que se den cuenta.

Ya había notado Ysabel que en esto eran maestras consumadas tía Luisa y sus amigas,

pues el pobre tío Pat y los maridos de aquellas damas no eran considerados en sus propias casas como dueños y señores, como lo era todo esposo en Costa Rica, sin cuya venia y complacencia bien recordaba que ninguna señora se atrevía a mover ni un dedo, sino como huéspedes estimados a quienes se desea agasajar y atender con esmero y cuyas opiniones se oyen con aparente respeto pero sin tomarlas necesariamente en cuenta.

Sin embargo, el bondadosísimo tío Pat no parecía estar quejoso de su suerte. Pedía tan sólo al llegar a su hogar que lo dejaran estar cómodo después de su día de ardua labor. Eso sí, que no le hablaran de ir a reuniones ni festejos. Su mujercita, que hiciera cuanto le diera la gana con tal de que no lo complicara a él en trajines culturales ni sociales. Y en el verano, que no lo perturbaran mientras descansaba en el jardín, tendido en amplia y larga silla de mimbre, con la apestosa pipa, que era todo su querer, entre los dientes. Esto y saber que su familia estaba rodeada de comodidades satisfacía por completo sus ambiciones.

Rudo golpe para el castillo de ilusiones que Ysabel había creado al suponer que en Nueva York entraría de lleno a vivir la vida que tanto había deseado, fué este modo de ser de sus tíos, quienes vivían apartados de las diversiones sociales con que ella soñaba. Para empeorar sus males, tía Luisa siempre dedicada a la noble

misión de difundir cultura, se empeñó en mandarla a Nueva York con su secretaria Miss Madison, por días de días que terminaron por hacérsele interminables, a visitar todos los lugares históricos o de interés cultural de la populosa ciudad. En un principio iba gustosa, en parte por el natural deseo de conocer cosas nuevas y también por librarse de la agotante actividad deportiva en que la mantenían sus primos; pero pronto, llena de tedio, comenzó a perder el interés.

A ratos maravillada, en otros espantada, encontraba todo demasiado grande, demasiada gente, demasiado ruido; y le parecía que todo y todos a su derredor corrían y giraban arrasados por un torbellino. Aturdida por el movimiento y el ruido, agotada por el excesivo calor de fin de verano, maltratados sus nervios por la voz chillona de Miss Madison y su pésimo español, regresaba exhausta de estas excursiones culturales.

Indudablemente no había nacido para ser una buena turista de esas que inundan el mundo metiendo la nariz en todas partes con el *Baedeker* debajo del brazo; pero Miss Madison estaba imbuída de su importante papel de *cicerone* y se esforzaba en ilustrarla sin omitir punto ni detalle, llevándola de aquí para allá con incansable celo.

¡Qué lata!—se quejaba para sí Ysabel—que

me obliguen a ver tanto museo y monumento viejo en vez de llevarme al verdadero mundo cautivador y entretenido que debe existir aquí.

Se desvivía por conocer otro Nueva York, el de las novelas modernas que le había prestado Julieta, el que brindaba toda suerte de placeres y aventuras. Suspiraba por la vida de la alta sociedad en donde se figuraba que estaría ahora la dama guapa y vistosa, oriunda de la América del Sur, que venía en el barco con ella y su abuelita.

¡Qué lastima, se decía, que Nanita Mercedes, siempre tan complaciente conmigo, en esa ocasión y sin ningún motivo se hubiera conducido de una manera tan incomprensible, prohibiéndome el trato con esa señora tan fascinadora... ¡Achará! Seguro que si hubiera cultivado su amistad me estaría divirtiéndome de lo lindo ahora. La verdad es que para aburrirme hasta morir, aunque sea entre preciosidades y maravillas, no necesitaba haber venido tan lejos.

No tenía siquiera el consuelo de quejarse a su fiel amparo, su Nanita, la única con quien tenía suficiente confianza, pues se había ido con una antigua amiga a un sanatorio de aguas termales a buscar alivio para su reumatismo.

Mucho menos a su tía Luisa, porque jamás tenía tiempo ni estaba nunca en un sitio, entrando y saliendo constantemente absorbida por sus diversas actividades, como si fuera una lan-

zadera. No se atrevía a detenerla. Más bien cuando la veía descender precipitadamente las escaleras ajustándose al correr los blancos guantes de cabritilla, y sobre todo si usaba una toquita que hacía recordar las antiguas Amazonas, adornada con una rizada pluma que le caía sobre un hombro, sentía la impresión de que su tía Luisa era un caballero errante que salía presuroso, y que en vez de su coqueto automóvil forrado de peluche gris, la esperaba a la puerta un impaciente corcel en el cual se iría caracoleando a romper lanzas en favor de la ignorante humanidad.

Una mañana, mientras tomaba el café con Miss Madison en el comedorcito especialmente destinado al desayuno y desgranaba con aire distraído un jugoso racimo de uvas de un verde cristalino, se atrevió Ysabel a expresar algo de su descontento.

—¡Oh no, Miss Ysabel, *darling*—repuso la secretaria escandalizada—: *you don't mean that!* De seguro que la señora opinará que usted está todavía demasiado joven para hacer vida de sociedad y mucho más para ir a cabarets o a representaciones de teatro demasiado avanzadas para una niña de su edad. No sería discreto ni propio de personas cultas ni distinguidas que se lo permitieran.

—¡Bueno!—se lamentó Ysabel completamente desalentada y mordida por una rabia que la

ahogaba—. Allá en Cartago no podía hacer nada que me gustara porque era mal visto y la gente criticaba o porque era pecado y había que confesarlo y los capuchinitos se enojaban! ¡Aquí en cambio se molestan la Señora Distinción y la Señora Cultura!

A través de sus contenidas lágrimas veía el centro de peras, uvas y manzanas que adornaban la mesa, girar y quebrarse como los trocitos de vidrios de colores de un kaleidoscopio, mientras se decía: ¡Allá rige la Intransigencia, aquí será el Señor Buen Tono quien se encargue de fastidiarme!

*

Una mañana de esos pintorescos días del principio del otoño, que llaman en el Norte *Indian Summer*, en que la vegetación se viste de colores festivos y carnalescos—amaranto, naranja y rojo—y el sol, como arrepentido de alejarse, vuelve a bañar con su luz brillante los amarillos campos, inesperadamente se aparecieron tío Jaime y Julieta.

Venían dispuestos a llevársela a pasar una temporada a Nueva York, al Gran Hotel Astor en donde habían tomado un elegante *suite*.

¡Qué felicidad sintió Ysabel! Loca de contento los confundió en un solo abrazo, besándolos con transportes de alegría.

Y así, cual magos benéficos que con su varita milagrosa tienen el don de cambiar destinos, variaron el rumbo de la vida de Ysabel.

Se animaron como en un sueño las fantasías orientales de los libros de su niñez. Entró de lleno en la frívola, encantadora existencia de una gran metrópoli, cuando se puede derrochar el dinero a manos llenas sin más fin que gozar.

¡Cuán lejana estaba ahora su vida triste aburrida de antaño en que sólo se predicaba la resignación, el comedimiento, el deber y la frugalidad! ¡Qué diferencia, qué felicidad! Nadie a su alrededor se ocupaba más que de divertirse, lucir, embriagarse de placer.

No era un Don Nadie en Nueva York el tío Jaime; muy al contrario, gozaba ahí de una envidiable posición social.

Había venido en su juventud a estudiar derecho internacional en la Universidad de Columbia y con este motivo tenía en la ciudad numerosas amistades. Poderosos personajes de la Banca y del Foro casados con aristocráticas y linajudas damas, y aún algunos que pertenecían a esa quimérica casta, la sociedad escogida de Nueva York, la de los famosos «cuatrocientos» corrían presurosos y complacidos a atender a su festivo y simpático *spanish friend*. Siempre que venía don Jaime a Nueva York no se cansaban de hacer interminables recuerdos de aquellos felices días en que todos eran jóvenes y

desde luego irresistibles, de aquellos tiempos dichosos, de los *Golden Nineties*.

Con qué placer evocaban las fechorías y los incidentes de sus años de Universidad y en especial aquellos memorables días en que Columbia ganó las regatas contra la Universidad de Cornell gracias a la fuerza y maestría de Jaime en su puesto de *first stroke*. Sin omitir nunca un brindis celebrando aquel inolvidable triunfo, terminaban siempre cantando *For Old Columbia*, y les parecía ver como antes el archipiélago de sombrillas blancas y azul celeste que sus admiradoras entusiasmadas habían lanzado al río, al pasar la canoa triunfadora frente al Grand Stand.

Jaime había salido de Costa Rica desilusionado. Su partido había perdido las elecciones y con la derrota se habían esfumado sus sueños de ser Ministro en Washington; pero en su afán de complacer a su adorada Julieta, la había traído a pasar una temporada de recreo en Nueva York. Olvidado ya el fracaso de sus viejas ambiciones se sentía como nunca de satisfecho, y ufano exhibía a su joven y adorable esposa. Orgulloso también de la extraordinaria belleza de su sobrina Ysabel, a quien quería como a una hija, sentía gran complacencia al pasear con ellas por bulevares, teatros y otros sitios de diversión. Todos se deshacían en elogios de las dos jóvenes, y Jaime, feliz, contestaba invariablemente: ¡Si estas son las feas! ¡Vieran las que dejé allá!

Siempre generoso y derrochador, no escatimaba tampoco ocasión de darles gusto. Ricos trajes, lujosos adornos, perfumes exquisitos, cuanto capricho se les ocurría era satisfecho apenas lo expresaban.

¡Qué de cosas estupendas y atrayentes conocía Ysabel ahora! Soberbios palacios, teatros a donde a diario había representaciones fascinantes; los mejores restaurants de moda. La deslumbraban con su boato los espléndidos salones y los amplios vestíbulos de los grandes hoteles, y el constante desfile de bellísimas mujeres, cuya elegancia y suntuosas *toilettes* desesperaba de poder igualar.

¡Entonces sí pudo vanagloriarse de haber llegado a la meta de sus ensueños!

*

Tirada boca abajo sobre un diván en el saloncito del apartamento de sus tíos, en el gran Hotel Astor, Ysabel lloraba amargamente.

Julieta entraba en esos precisos momentos cargada de paquetes. Al verla, los dejó caer y corrió asustada y solícita a inquirir la causa de tanto duelo.

—¿Qué te pasa?—le preguntó.

—¿Qué me va a pasar?—sollozó Ysabel, levantando su rostro, bello a pesar del llanto—. Pues lo peor que me podía suceder. Acaba de telefonar Nanita Mercedes ordenándome el in-

mediato regreso a casa de tía Luisa, porque ha resuelto irse sin demora y ya está alistando viaje. ¡Ahora, precisamente ahora, cuando apenas empezaba a divertirme!

—¡Ah no, de ninguna manera te podés ir! Si justamente venía a contarte que a Jaime se le ha presentado un negocio magnífico que requiere su presencia aquí por un tiempo indefinido. Vamos a tomar una casa. Contaba contigo para que me ayudaras a instalarme, y figuráte además lo que nos podríamos divertir. Llamá ahora mismo a tu abuelita y la convencés que se quede siquiera un tiempito más.

—Sería inútil—dijo Ysabel con desaliento—. La conozco muy bien, es buenísima; pero cuando mete cabeza no hay quién la haga ceder. Dice que no resiste el frío, que se le ha empeorado el reumatismo y no sé cuánto más.

La verdad era que doña Mercedes no se encontraba bien en Nueva York. Le hacía falta su territa, sus viejas amigas, la iglesia vecina, su confesor habitual, y aunque no lo hubiera admitido, se llevaba mejor con su hija Margarita, tan de su modo, que con Luisa, quien la asustaba con sus modernismos.

—¡Qué iniquidad!—seguía lamentándose Ysabel—. Si no es por ustedes que llegan tan a tiempo, me hubiera muerto de tedio en ese encierro de la casa de tía Luisa; y ahora que estoy tan a gusto me quieren llevar! ¡Yo sí que soy torcida!

Y de nuevo soltó otro raudal de lágrimas.

—¡Ysa, por Dios, no exagerés tanto! No me contaste vos misma que Junior y Henry y sus amigos te habían atendido muchísimo, y que te habían llevado a conocer la mar de lugares: el Hipódromo, el Circo, Coney Island...

—¡Jesús!—la interrumpió Ysabel haciendo un gesto de soberano desdén—: diversiones infantiles, y con un grupo de niños grandes...

Así calificaba a sus primos y a sus amistades. En años venideros habría de llegar a apreciar, en su verdadero valor, las espléndidas cualidades de estos jóvenes. Ellas atractivas, rubias y rosadas como melocotones, rebosando esa salud y frescura que dan los deportes al aire libre; y ellos grandotes y sanos de cuerpo y alma, siempre contentos y dispuestos a divertirse con el menor pretexto. Con la sonrisa a flor de labio pasaban su tiempo entre estudios y diversiones sencillas, tratándose unos a otros de una manera natural, sin remilgos ni dobleces. Pero en esta temporada, sin embargo, la diferencia de costumbres, de lenguaje y de ambiciones había creado una valla que se interpuso entre ellos e Ysabel para su mejor comprensión.

—¡Uy mamá, si es una agua fiestas—le decían sus hijos a doña Luisa, cuando los reñía porque ya no atendían a su prima como en los primeros días—. ¿No ve los humos que se gasta? Cualquiera diría que se cree una reina a

quien debemos tratar con solemnes y respetuosos modales.

Más indulgente y comprensiva, doña Luisa les decía:—No sean así. No ven que la falta de inglés la debe cohibir y por eso está tan arisca y esquivá?

En parte así era. Sin entender lo que decían, Ysabel se sentía incómoda cada vez que se reían creyendo que se burlaban de ella. Por eso, resentida y empeñada además en demostrarle a Julieta lo aburrida de su vida en casa de tía Luisa, continuaba exponiendo quejas, terminando por manifestar con gesto escandalizado, que la excesiva libertad concedida a las jóvenes americanas, en su trato con sus amigos, le chocaba sobremanera. Sin ir más lejos, puntualizaba: Ayer no más ví a Junior y a esa pelo colorado de Vivien...

La interrumpió Julieta riendo a carcajadas, mientras chillaba:—¡Ay, Ysa, no me matés con tus ocurrencias... con esa boca apretada y esos gestos de vieja gazmoña, estás igualita a tu tía Eloísa! ¡Quién nos lo iba a decir! Ysabel la tremenda, Ysabel la que pedía a todas horas viajar para verse libre de trabas y prejuicios, aquí en los Estados Unidos, la tierra de la Libertad, convertida de pronto en tía Eloísa!

Molesta por esta salida de Julieta, que le pareció pesada y fuera de lugar, no se dignó Ysabel responderle, y se enfrascó en tristes ca-

vilaciones sobre su ya próximo regreso a Costa Rica.

—¡Mirá, Ysa, se me ocurre una brillante idea!—exclamó Julieta.—Bien sé que doña Mercedes no te dejaría conmigo... Sí, dejémonos de cosas—dijo adelantándose a un gesto negativo de Ysabel—: no sé qué tiene esa buena señora en contra mía; pero comprendo que no soy santa de su devoción. Con tu tía Luisa tampoco te puede dejar porque como sabés, ahorita se va a una de sus jiras de conferencias educacionales; pero he tenido una inspiración famosa... ¿Por qué no te quedás en un colegio?

—¡Ave María! ¿Te has vuelto loca? ¡Vaya una inspiración, encerrarme en un colegio!—contestó decepcionada Ysabel.

—¡Pues sí, un colegio! ¿No ves que para eso sí podemos convencer a tu abuela, por medio de tu tía Luisa? Después ya veremos cómo nos arreglamos para que salgás con frecuencia a divertirme con nosotros.

Nunca acabaría Ysabel de agradecerle a su tía Luisa el entusiasmo con que acogió esta idea. Una vez logrado el ansiado permiso movió cielo y tierra para conseguir que recibieran a su sobrina en un exclusivísimo plantel dedicado a la educación de las hijas de antiguas y ricas familias. Cómo logró tía Luisa que la admitieran en esta aristocrática fábrica de esos quiméricos astros de centelleante estela que llaman

debutantes, en donde se exigen más requisitos para entrar que los que se piden para ser presentadas en la corte de Saint James, sería largo de contar. Tal vez se valió del dichoso parentesco con los renombrados viajeros del *Mayflower*; tal vez hizo constar que su sobrina era descendiente de Vázquez de Coronado—lo cual era verídico—o aún del mismísimo Cristóbal Colón; lo cierto es que la eficientísima tía Luisa salió triunfante con su empeño—como siempre—y su sobrina de Costa Rica fué admitida al linajudo Colegio de Hamdom Park.

*

—¡Qué aburrimiento!—se decía Ysabel—¡En que hora se me ocurrió entrar a este horrible lugar y para colmo de males coger un resfrío en el momento más inoportuno!

En el colegio había comenzado una epidemia de sarampión y el médico había decretado el absoluto aislamiento de los casos sospechosos. Ignorando Ysabel esta situación se había presentado esa mañana en la enfermería a que le hicieran una cura para un leve dolor de garganta, y ahí quedó encerrada, cogida como ratón con queso.

Ya no podía ir esa tarde a casa de Julieta. Ya no podía gozar, como había pensado, en las diversiones de fin de semana. ¡Qué terrible contratiempo!

Los negocios de tío Jaime, cada vez más

extensos, exigían su permanencia en Nueva York por un tiempo indefinido. Había arrendado una casa de cuatro pisos, de esas color gris o chocolate, que en largas y apretadas filas llenan calles enteras de la populosa ciudad.

Desde la alta escalinata de piedra que conduce al piso de recibo, debajo de la cual está la entrada del servicio, hasta la última ventana de la buhardilla, todas son exteriormente idénticas, aunque por dentro todos los gustos y estilos están representados en los mobiliarios y decorados diferentes de cada una.

Para Ysabel, la de sus tíos había quedado «matadora», «divina», «soñada», según decía en sus cartas a la familia.

Ahí recibía Julieta con aires de emperatriz y ahí llegaba Ysabel alborozada a pasar los sábados y los domingos, el ansiado fin de semana.

Hacía ya casi tres meses que con paciencia se sometía al reglamento del colegio, ingeniándose para estudiar lo menos posible. Salvo en el inglés al cual se dedicaba con entusiasmo, y en el cual había progresado asombrosamente, las monjas encontraban mucho que reprocharle por su desinterés.

—¡Qué de regañitos y regañones me llevo! —le contaba riendo a Julieta.

Pero nada le importaban estas contrariedades ante la perspectiva de poder trasladarse al paraíso de sus ensueños cada fin de semana.